

La felicidad llama /y III

Analecta de las horas Ariel González Jiménez

2012-10-13 • CULTURA

Vengo explorando la felicidad: lo que se entiende por ella, lo que se disfruta y vive al amparo de su amplísimo y volátil concepto. Lo hago de la mano de distintas lecturas que la han puesto, como dije en la primera entrega de esta serie, “al alza”.

Esto comenzó en mi mesa de novedades y me temo que podría tener otras tres o más entregas, debido a que me falta reseñar, así sea superficialmente, otras lecturas que están inspiradas directa o indirectamente en el tema; sin embargo, corro el riesgo de hacer profundamente infelices (considerando que el aburrimiento es un género de infelicidad) a los posibles seguidores de estos artículos, y mejor he decidido terminar esta serie refiriéndome al número 68 de la revista jalisciense *Luvina*, dedicado a la felicidad, y a un libro, *El encantador. Nabokov y la felicidad* (Duomo, 2012), de una joven escritora que realmente me comunicó su felicidad al escucharla en el Hay Festival de Xalapa hace apenas unos días: Lila Azam Zanganeh.

Los escritores convocados por *Luvina* para otear los terrenos literarios de la felicidad lo hacen en algunos casos rodeando la tragedia; es el caso de Vicente Quirarte, quien en su relato “La hora feliz” revela cómo tras el drama de la desaparición súbita de un ser querido se pueden esconder instantes plenos, inolvidables por lo mismo, sobre todo porque se constituyen en la segunda piel del dolor.

Y hay en esta revista otro texto deslumbrante, que es un poema del italiano Tonino Guerra:

“Dos escarabajos se encuentran/ y se miden con la mirada;/ y se besan por delante,/ se besan por detrás,/ y se van.

“Después se regresan/ y se abrazan;/ se dan una mano, dos, tres,/ se miran la panza,/ se la rascan,/ se hacen cosquillas,/ y se van.

“Después se regresan,/ se rompen un brazo, dos, tres,/ se clavan las garritas en las orejas/ se aturden,/ se abren las panzas/ y se las chupan despacio y con los ojos cerrados.

“Pasa por ahí un tercer bicho;/ los besa por delante,/ los besa por detrás,/ y se los come”.

Todo aquí es un feliz *como si nada*. La naturaleza dispone de actores que no conocerán jamás un mínimo de piedad u odio; no tendrán nunca una duda ni sabrán nada de alguna de esas emociones que hemos inventado como especie para distinguirnos y pretender quitarnos, inútilmente, la parte animal.

Por su parte, Adriana Díaz Enciso, en la misma publicación, entretejiendo finamente frases de Yayoi Kusama, Hildegard von Bingen y William Blake, declara:

“La felicidad es la sangre que corre —en nuestras venas. Cada glóbulo invisible.

“Cada segundo: orbe sagrado. Este que transcurre, pasa. *El grano de arena, la hora del día que no puede*

encontrar Satán.

“La felicidad es el salto. Hacia el centro. El punto fijo. Porque nada en esta vida es cierto, y así está bien. O más importante aún: así es”.

En su ensayo “Felicidad, lenguaje y cultura”, Julio Horta expresa que “la felicidad es una falacia, una forma del lenguaje que enmascara la finitud: donde se asume que el hombre trasciende por sí mismo, en sus actos, hacia la felicidad. Sin embargo, como límite y negación de lo humano, la finitud es inevitablemente el rasgo necesario de una cultura”. Y más adelante: “La felicidad está en el lenguaje, como elemento lingüístico que asiste a la necesidad psíquica de dar sentido al mundo externo.”

Ahora, bien la *falacia* que puede ser la felicidad puede ser nombrada de muchas formas, pero es un hecho que por sí misma, como palabra, la puede preceder.

Partiendo de que “leemos para renovar el encanto del mundo”, Lila Azam Zanganeh se ha acercado a la obra de Vladimir Nabokov como quien frota un lámpara maravillosa y hacer aparecer al menos a dos genios: el de la belleza y el de la felicidad. En su libro *El encantador* pasa revista a la vida del cazador de mariposas y autor de *Lolita*, y a sus páginas más emblemáticas.

El epígrafe que fue elegido por Lila Azam Zanganeh es redondo y exacto: “Confío en las deslumbrantes promesas de los versos que aún respiran, que aún dan vueltas. Tengo el rostro bañado en lágrimas y el corazón rebosante de felicidad, y sé que esta felicidad es lo mejor que existe en esta tierra” (Nabokov, *Humo tórrido*).

He aquí un programa de disfrute ante la palabra escrita y sus infinitas posibilidades. Que hay otras formas de felicidad, ni duda cabe; pero para quienes han puesto la vida en la palabra, es obvio que no hay ninguna otra sustancia que resuma mejor al mundo, y tal vez, sin que ya nadie pueda ser feliz o infeliz, lo sobreviva.